

PRIMERA PARTE

(1895-1899)

«La pintura es poesía muda;
la poesía, pintura ciega».
Leonardo da Vinci

· CAPÍTULO 1 ·

Liverpool, muelle Merseyside, 26 de julio de 1895

Jerome observó con cierta nostalgia la imagen que se quedaba atrás; desde aquel punto alejado de las orillas del río Mersey, la ciudad de Liverpool se convertía en un amasijo de mástiles, grúas y edificios recubiertos por masas de nubes que más bien parecían árboles de vapor de color azul acerado. El Arawa, propiedad de la Shaw, Savill & Albion Co., ponía distancia con su avance imparable, y lo hacía a tanta velocidad, que más parecía un esquife liviano que un trasatlántico de cinco mil toneladas.

—¡Papá, vamos, date prisa, no quiero perdérmelo! —Julianne tiró de la chaqueta de su padre.

Comenzaron a abrirse paso entre el tumulto de pasajeros con escuetos pero educados codazos: «Por favor, caballero, gracias», «Disculpe usted, señora...». Cuando alcanzaron por fin la barandilla de proa, se aferró a ella y se estiró con un movimiento impetuoso, como si quisiera lanzarse hacia el horizonte de un impulso.

—¿Has visto qué bonito, papá? —se regocijó con una sonrisa eufórica, emocionada en el estreno de su primer gran viaje fuera de Inglaterra.

Jerome echó un vistazo a las profundidades y observó la roda, que cortaba las aguas del río y dejaba a ambos lados una espuma vigorosa.

—Sí, sí... Muy bonito, querida, pero baja de ahí, que te vas a caer —le ordenó, y luego volvió una última vez la vista a su amada ciudad, empequeñecida como un recuerdo cada vez más lejano y borroso.

Desde luego que echaría de menos sus habituales paseos matutinos por la flamante Lime Street y sus agitadas tertulias en el

exquisito Club Social de Wellfield, pero lo que le preocupaba de aquel largo viaje era haber dejado todo su negocio en manos de Howell. ¿No sería demasiado joven para afrontar tal responsabilidad?, se preguntó inquieto mientras recapitulaba sobre las últimas instrucciones que le había dado hacía tan solo unas horas. Lo recordaba con su rostro de recién licenciado y su barba lampiña, parpadeaba rápidamente mientras tomaba notas en su cuaderno de bolsillo, que siempre sacaba con la presteza del buen apuntador: «Sí, señor», «Claro, señor», «No se preocupe, señor North, lo mantendré informado». Tanta sumisión y cortesía lo incomodaban, aunque por otra parte reconocía que aquel muchacho con apenas diecinueve años tenía un talento natural para los negocios y manejaba las cuentas de la North's Factory con una maestría inaudita. Si no fuera por su cuerpo ridículo, enfundado siempre en ese traje negro dos tallas más grandes, y su rostro sin ningún tipo de carisma, hasta podría decir que se reconocía en él cuando era joven. Sobre todo por esa avidez que mostraba siempre por aprender; daba la sensación de que vivía en una constante ansiedad por memorizar al detalle los usos mercantiles, y se veía que disfrutaba al sumergirse en las densas ciénagas de los créditos documentarios.

Uno de sus habituales accesos de tos comenzó a batirle en el pecho con impertinencia y fue ahogándolo cada vez más.

—Papá, ¿estás bien? —le preguntó insistente Julianne mientras le acariciaba el hombro.

—No te preocupes, querida, es solo que este frío me mata —le respondió Jerome en la agonía de la tos seca.

Luego, sacudió la muñeca con un gesto leve para indicarle que ella debía quedarse para disfrutar de las vistas sobre el río, y se apartó de la borda, abarrotada de pasajeros, para respirar mejor.

Una vez que se hubo alejado del nutrido grupo, Jerome sacó un pañuelo del bolsillito de la chaqueta de *tweed* y escupió un

esputo de sangre que impregnó la seda blanca; luego dobló el pañuelo, respiró mientras fruncía el ceño y se lo escondió en el pantalón. Tan solo tenía que recostarse un momento, se recetó mientras sentía que le flaqueaban las piernas. Caminó a lo largo de la cubierta del Arawa como una marioneta manejada por el viento mientras buscaba consuelo en una de las hamacas que lucían impecables. Cuando logró acostarse, cerró los ojos.

Desde aquella posición también podía percibir el movimiento impetuoso del barco y hasta sintió la dolorosa brecha que se abría entre su amada ciudad y el horizonte incierto. «Dios quiera que lo haga bien», siguió rumiando el tema de Howell, pero luego sacudió la cabeza para ahuyentar el mal presagio que lo embargaba desde que se había levantado aquella mañana. «¡Solo serán cinco o seis meses, Jerome!», se convenció, y con el ansia de evadirse de sus propias impertinencias, abrió los ojos para buscar con la vista a su querida Julianne, que seguía apoyada en la barandilla mientras contemplaba los rizos marinos que se dibujaban con el paso del Arawa.

Estaba tan bella a sus dieciséis años... Se deleitó al observar el pelo suelto, que flotaba bajo el sombrerito de terciopelo verde; los ojos chispeantes como los de su madre —que Dios la tuviera en Su gloria—. ¿Y qué clase de historia se estaría imaginando para pintarla después?, sonrió con ternura.

Se tocó la frente. Estaba algo febril y mareado. «Sobre todo debe usted descansar y tomar el aire cálido de la isla», parecía oír todavía a su estimado doctor Leitghton, mientras apuntaba al techo cuando le prescribía la cura para su enfermedad. Sí, definitivamente descansaría en los meses venideros, y lo haría por ella. No podía permitirse dejar a su amada hija huérfana con tan solo dieciséis años, y peor aún, sola, al desabrigo de Edmund y Mary Jane, que se abalanzarían sobre su fortuna como ratas hambrientas. ¡No, no se lo podía permitir!, se prometió.

A las siete en punto y con exquisita puntualidad, los pasajeros del Arawa comenzaron a llegar al Gran Salón de Gala. Dos violines amenizaban la velada con la música serena de Haydn. Las damas habían sacado de los baúles de viaje los primeros trajes de noche de la travesía; los caballeros, los chaqués pulcros y los guantes inmaculados; y los camareros, casi con un baile reverencial, se movían ágiles mientras rellenaban platos y copas, ataviados con camisas blancas y chalecos rojos. El comedor del gran salón se mostraba a los nuevos comensales en todo su esplendor: brillos, caldos y vapores impregnaban con intensidad los tapices estampados, las mamparas ricamente pintadas y el hermoso piano de cola.

Julianne entró en el salón colgada del brazo de su padre. Le encantaba aquel traje nuevo que se había comprado en la *boutique* de la señora Priestley, en Dale Street: de color celeste, ceñido al talle, pero sin demasiados volúmenes. Quitó una pequeña mota de polvo que se había pegado a la falda. ¡Qué fantásticos encajes tenían las mangas!; ¿de verdad vendrían importados de Francia como le explicó la señora Priestley?, fantaseó, y luego levantó la cabeza para observar todo con curiosidad.

—Allí, querida, en la mesa del fondo parece que hay sitio —le indicó su padre, y la tomó con cuidado por el codo. Luego tosió con brusquedad y se tapó la boca con su pañuelo.

Cuando llegaron a la mesa, el grupo de cinco comensales que ya estaba sentado los acogió con calidez. Ella tomó asiento, pliegó con cuidado la parte de atrás de su vestido para no arrugarlo, y a medida que se iban presentando, intentó memorizar todos los nombres: el señor Thomas Johnson; dos bellas *ladies*, Roxanne Taylor y Beatrice Wilson; y el señor y la señora Cooper.

—Nosotros repetimos en la isla —comentó el anciano señor Cooper para romper el hielo. Luego, reposó la mano cómplice

sobre la de su esposa y continuó—: El año pasado nos hospedamos en el Hotel Taoro, en el norte, pero este año hemos alquilado una casa con jardín para permanecer allí todo el invierno.

—¿Casas de alquiler? —El señor Thomas Johnson estiró el cuello con curiosidad poco fingida.

Julianne observó su rostro solemne, sin brillo, con una escasa cabellera que parecía no tener ningún orden. ¿Sería científico el señor Johnson?, ¿quizás expedicionario?, ¿y para qué acudiría a la isla?, se preguntó con liviana intriga, y siguió con atención las explicaciones sobre lo que ocurría en Tenerife con algunos de sus habitantes, que según comentaba el anciano señor Cooper parecía que vivían en la más miserable de las pobrezas:

—Muchas familias apenas sobreviven por culpa de la caída del negocio de esa planta, ¿cómo se llamaba, querida...? —Achicó los ojos como si no viera más allá de su nariz.

La señora Cooper acudió pronta en su auxilio y le dio unas palmaditas en su mano huesuda:

—Cochinilla..., querido, cochinilla...

El señor Cooper resurgió de su silla con un brinco:

—¡Eso es, la cochinilla! —repitió, y se dio un toque en la frente con la palma de la mano—. Además, nosotros ya no estamos para reuniones ni veladas en sociedad. A nuestra edad preferimos los paseos matutinos y la mutua compañía, ¿verdad que sí, cariño mío? —apuntó a su esposa con una mirada pícara.

Todos sonrieron, pero fue una de las jóvenes *ladies* la que preguntó por aquel interesante asunto de las veladas en la isla:

—Pero ¿es que también hay *soirées* para los británicos? —curioseó la rolliza Roxanne.

Julianne se percató de la tonalidad virginal de su rostro. Su boca pequeña parecía una fresa muy madura y sus ojillos no eran bonitos, pero chispeaban con alegría. Quizás no tenía la belleza serena de su otra amiga, Beatrice, pero a juzgar por su

vestido turquesa y su talante juguetón, casi infantil, la consideró la más bonita de las dos:

—¡Por supuesto que hay *soirées* para la comunidad británica! —aclaró la señora Cooper con una sonrisa cómplice. Al parecer, había captado que aquellas muchachas eran casaderas y necesitaban asesoramiento.

Luego, explicó a todos la importancia de las recomendaciones:

—En la isla no puedes relacionarte de forma adecuada sin una buena carta de recomendación. —Se dirigió entonces a las dos jóvenes con mirada de institutriz y su boca se convirtió en una línea tan fina que casi desapareció de su rostro anciano—: Veréis, hay que solicitar la recomendación al vicedónsul nada más llegar a la ciudad de Santa Cruz —las aleccionó.

Luego alardeó de conocer a tan ilustre caballero, el señor Edward, y a su esposa, la señora Linda:

—Una mujer de modales exquisitos, por cierto —recalcó con un ligero elevamiento de ceja. Cuando acabó de hablar, se llevó la servilleta a la boca y la selló por un instante.

—¿Y a qué tipo de eventos podríamos acudir? —insistió de nuevo Roxanne mientras movía la cabeza como una muñequita juguetona.

Ante tal pregunta, la señora Cooper guardó unos segundos de silencio, esbozó una sonrisa pícaro y, como si toda la vida hubiera esperado aquella oportunidad, abrió de par en par su extensa carta de experiencias culturales, su inigualable don de gentes y, mientras la pluma de su pelo se agitaba como la de una gallina que cacarea en el corral, su marido, el señor Cooper, comenzó a entrar en una zozobra hasta casi desaparecer de la vista de todos.

Julianne miró de soslayo a su padre. No había hablado en toda la velada. «Pobre papá...», pensó. Estaba encorvado y removía sin apetito la sopa de su plato. Parecía fatigado, muy fatigado. Le tomó la mano por debajo de la mesa y la encontró helada y

sudorosa. Jerome le devolvió su mirada débil, ya sabía ella que estaba haciendo un esfuerzo descomunal para que se divirtiera aquella noche. «Gracias...», se acercó y le besó la mejilla. No hablaron mucho más el resto de la velada y se retiraron a descansar pronto, igual que los Cooper.

Durante la noche, el Arawa se batió por los extensos caminos del Atlántico con una infatigable lucha contra las embestidas del mar. Julianne oía con estupor cómo las olas hacían crujir los costados del navío, pero apenas levantaba la cabeza de la almohada para intentar vislumbrar algo de lo que ocurría en el exterior; las náuseas le estrangulaban el estómago y le impedían moverse: «¿Papá?, ¿cuándo acabará la tormenta?», le preguntaba a Jerome desde lo alto de la litera, pero su padre apenas emitía un gruñido, una señal de que él mismo vivía su propia penitencia en aquel tramo infernal del Atlántico.

Al día siguiente, nada más despertarse, Julianne testó con alegría que el movimiento del barco era acompasado, lento; le daba la sensación de que flotaban por un lago tranquilo y pacífico. Se incorporó en la litera y, aliviada por no tener ninguna angustia, bajó por las escalerillas y se asomó por el portillo del camarote. ¡Nunca había visto algo igual! El cielo se mostraba de un azul paradisíaco, y a lo lejos, casi en el horizonte, unos cúmulos luminosos parecían ser arrastrados por las propias corrientes marinas. «¡Papá, papá, despierta!», sacudió emocionada a Jerome, pero el pobre hombre, que apenas podía abrir los ojos, se llevó la mano a la frente y le pidió que lo dejara descansar. «Por favor», le rogó; luego se dio media vuelta en el camastro y prosiguió con su sueño febril.

Ella permaneció quieta frente a él mientras escuchaba el murmullo jaquecoso que emergía de su pecho; parecía arrastrar una enorme cadena oxidada. Después, desvió la vista hacia la puerta. Necesitaba salir de allí.

El repentino frescor de la mañana evaporó el atufamiento del encierro de las últimas horas. Julianne se agarró a la regala, que aún estaba mojada por la lluvia, y se deleitó con el espectáculo marino. Sentía que aquel océano vibraba como un animal salvaje y que el azul cobalto que teñía la superficie en la primera parte del viaje, ahora, en aquellas latitudes, se había transformado en un espléndido azul de Prusia. ¡Qué maravillosa la sensación de sentirse rociada por aquella espuma salvaje que chocaba contra las amuras! Echó la cabeza hacia atrás.

Ya al mediodía, después de un escueto almuerzo en una mesita apartada del salón comedor, regresó al camarote, donde su padre permanecía sumido en aquel amargo silencio. Cuando entró haciendo equilibrios con la bandeja que llevaba para que comiera algo, oyó de nuevo el doloroso arrullo de su pecho y sintió la densidad del ambiente.

—Papá, despierta, ¿quieres comer algo...?

Le tocó con cuidado en el hombro y luego le mostró la bandeja con un vasito de agua y unas gachas, y también le ofreció unos huevos revueltos con tostadas, que tanto le gustaban; pero Jerome apenas podía hablar, y con una voz ronca consiguió decirle que no se preocupara, que tan solo eran aquellos movimientos marinos, que lo tenían algo revuelto. Ella titubeó sin saber dónde colocar la bandeja con la comida, así que buscó hueco en lo alto de un chifonier y luego regresó de nuevo a la litera para tocarle la frente.

Era muy consciente de que no solo se trataba de unos mareos, pero ¿qué podía hacer? Se acercó inquieta hacia la palangana y humedeció una pequeña toalla de mano; luego, se la colocó sobre la frente.

—¿Por qué no avisamos al médico del barco, papá? —suplicó de pronto Julianne con una inesperada congoja.

Ante su pregunta, Jerome, en un arrebato que incluso consi-

guió que se incorporara de medio cuerpo, le respondió que ni se le ocurriera, que podrían negarles la entrada si lo descubrían enfermo, y entonces sí que estaría acabado.

—Necesito llegar a la isla... —susurró en una plegaria, y volvió a dormir en un suspiro aliviado.

Después de aquel sobresalto, Julianne salió del camarote con una gran preocupación. ¿Llegarían a la isla a tiempo o tendrían que regresar por el empeoramiento más que evidente de su padre?, se preguntó con un amago de llanto; sin embargo, a medida que atravesaba la cubierta del Arawa, le pareció que todo a su alrededor poseía un brillo renovado. Le daba la sensación de que la tormenta había hecho relucir los cabrestantes, limpiado la madera, las puertas, las hamacas... Hasta las campanas de latón parecían bañadas por una capa dorada. ¡Qué resurgir de los colores tan hermoso!, se deleitó de pronto, y hasta logró evadirse de aquella amargura reciente que le estrangulaba la garganta.

Ya en el interior del Arawa, todo le resultó un poco más sombrío, con unas texturas más rugosas, menos brillantes. La sala de juego, un espacio tosco y formal, estaba forrada por tapices marrones adornados con florecillas granates, y el barniz de las mesas apenas se veía iluminado por el toque ocre de las tenues lamparillas. Cuando atravesó la estancia con pasos temerosos, casi pegada al tapiz de las paredes para no ser vista —quizás su padre no le hubiera permitido entrar en un lugar como aquel—, le pareció que los caballeros se batían en duelos e intrigas serias, con las cartas izadas como espadas batientes, los ceños fruncidos, en silencio, sus vasos de cristal grueso colmados de *whisky*.

Una vez que atravesó la sala, accedió al salón de gala donde se entretuvo con un concierto de piano y una pequeña representación operística; pero fue al final de aquella tarde cuando Beatrice, la joven que tan seria y cortante le resultó en la primera cena,

la rescató de la melancolía que se fraguaba dentro de ella como el hundimiento de un enorme galeón.

—¡Hola, querida! ¿Qué haces por aquí tan sola? ¿Y tu padre? —le llamó la atención mientras la observaba con sus ojos azules de pájaro nórdico.

Ella tuvo que contener un amago de llanto. ¿Qué podía decirle que no delatara la grave situación que soportaba?

—Bueno... Mi padre está en el camarote, sigue mareado —mintió con un titubeo incómodo. Pero Beatrice revisó con perspicacia sus ojos aún infantiles, desembarcados de un reciente naufragio, y la invitó a un té en el flamante salón de popa.

Cuando el camarero se retiró tras servirles, Beatrice le preguntó el motivo de su viaje:

—¡Cuéntame, Julianne! ¿A qué vais a la isla? —Beatrice se removió en el sillón con el platito en una mano y la taza en la otra, a la expectativa, preparada para escuchar una apasionante historia de aventuras, de amor—. ¡Cuéntame! —repitió.

Julianne vaciló y, por un instante, se quedó atrapada en la mirada policiaca de Beatrice, con sus pupilas abiertas y sus largas pestañas, que parecían barrer el vapor que subía desde su taza. Al fin le contestó que su padre quería explorar la posibilidad de abrir nuevos negocios, pero Beatrice se quedó a la expectativa, parecía esperar algún dato más. ¿Qué más podía contarle? Julianne sopló el contenido de la taza para darse un poco más de tiempo. Rescató de su garganta un tono firme, más adulto, y añadió que Jerome era un hombre de negocios y siempre estaba pensando en nuevas posibilidades. Ya sabía ella cómo eran los hombres, ¿verdad?, concluyó con esa coletilla que siempre oía a las sirvientas en la cocina cuando hablaban con Mimí y que parecía servir para explicar lo inexplicable en el género masculino. Luego se llevó la taza a la boca para arrastrar aquella mentira con algo de agua endulzada y le devolvió de inmediato la pregunta a Beatrice:

—¿Y vosotras? ¿A qué vais Roxanne y tú?

Beatrice sonrió, astuta, descendió la taza hasta la altura de sus rodillas y volcó su mirada hacia los restos de té —parecía decepcionada—. Luego puso el platito y la taza encima de la mesa con calma y le respondió con un tono algo desanimado que Roxanne y ella estaban redactando un libro de viajes.

—¡Un libro de viajes! —replicó Julianne sin pensarlo dos veces, y le salió sin querer ese tonillo gritón de patio de escuela que tanto le molestaba, porque ella ya no era una niña y vestía con polizón, corsé y hasta medio taconcito.

Curiosamente, le pareció que a Beatriz le había hecho gracia su espontaneidad y de nuevo sus ojos le mostraban una entonación cariñosa, idéntica a la que le dedicaba Mimí cuando terminaba de regañarla y la invitaba a unos buñuelos recién salidos del horno.

Durante los siguientes días de travesía, se sucedieron las charlas con Beatrice en el saloncito de té, en el que quedaban con puntualidad a las cinco de la tarde. Julianne deambulaba el resto del tiempo entre el camarote —atendiendo a su padre, que parecía sumido en el sopor de un mal sueño—, la cubierta del Arawa y el gran salón de proa.

No veía el momento de que llegara la hora para disfrutar de las historias, anécdotas y lugares tan emocionantes que su nueva amiga trazaba en su imaginación como un libro de rutas increíbles y exóticas. ¿Acaso era posible que las mujeres pudieran viajar solas y tan lejos?, elucubraba ya de noche mientras recordaba los trepidantes viajes de Roxanne y Beatrice por el mundo —Marruecos, la India, París, Alemania, ¡Egipto!—. Tanta fue la admiración que desarrolló por aquel par de amigas que se prometió a sí misma que lo primero que haría cuando regresara a Liverpool sería comprarse una cámara de fotos como la de Beatrice, importada de Francia, con su frontal de madera y sus

fuelles negros, que más bien le parecía un pequeño acordeón. También escribiría un libro de viajes, que, por lo que le había contado Beatrice, estaba muy de moda entre las *ladies* más insig-nes de su país.

El último día de la travesía, los pasajeros empezaron a dar muestras de inquietud. Las gaviotas se acercaban en un vuelo bajo e incluso se arriesgaban a picotear alguna migaja que los niños soltaban como señuelo. El pasaje intentaba avistar la isla de Tenerife. Los más preparados observaban con sus catalejos y era normal que, de tanto en tanto, alguno diera una falsa voz de alarma: «¡El Pico, he visto el Pico!». Pero el famoso Teide, esa gran montaña de la que todo el mundo hablaba, no llegaba a mostrarse tras las nubes, que parecían emborronar el horizonte.

—¡Papá, papá, levanta, hemos llegado! —Julianne sacudió a su padre.

—Voy, hija, voy... —articuló Jerome con desgana, mientras echaba a un lado la manta de su camastro y se agarraba la cabeza.

—Con cuidado, papá, con cuidado. —Tendió cuidadosa la mano y lo ayudó a levantarse cogiéndolo por la axila.

Cuando a duras penas salieron a cubierta, la ciudad de Santa Cruz apareció ante los ojos deslumbrados de Jerome, abierta en una ensenada que invitaba a quedarse. La entrada marina era un muelle estrecho, lleno de barcasas que se agitaban como inquietos cormoranes, movidas por intensas corrientes que también reparaban en aquella cala. Atrás quedaba el bravo Atlántico, y frente a ellos, la deseada isla.

Jerome se había vestido de forma impecable, con una chaqueta de *tweed* azul marino y una camisa impoluta. El inspector de sanidad pasó revista a todos los pasajeros y él intentó permanecer erguido, sin toser —normalmente no se entretenían demasiado en los pasajeros de primera, los problemas venían siempre agazapados en las sentinas de la tercera clase—. El inspector

pasó sin prestarle atención y, después de unos escasos minutos, garabateó el acta, y todos los pasajeros bajaron a los botes que esperaban abarloados, ayudados por isleños morenos y fuertes.

Cuando llegaron a tierra firme, Jerome se volvió a apoyar en el brazo de Julianne y recorrió con pasos fatigados el puerto de Santa Cruz. Aquel lugar parecía un circo de personas y animales. Los niños tiraban de su chaqueta con mirada astuta: «*Pennies, pennies*», mendigaban; los pescadores gritaban en la orilla con su voz nasal mientras ondeaban las capturas del día; unas mulas trasladaban mercancía de aquí para allá... Pero lo que más les llamó la atención fue un dromedario que, con paso firme y gesto serio, cruzó por delante de ellos con un cargamento de barriles a ambos lados de la joroba.

Por fin habían llegado, agradeció en silencio Jerome, y echó un vistazo anglicano al cielo; pero el dolor del pecho apenas lo dejaba respirar y sentía la piel hervir con el calor bullicioso de aquella pequeña ciudad, así que le pidió a su amada hija que se retirasen al hotel. Julianne agachó la cabeza con desconsuelo.

—De acuerdo, papá —le respondió obediente.